869.308
Ed 41
no, 10

Nº. 10

EDICIONES MINIMAS
CUADERNOS MENSUALES DE CIENCIAS Y LETRAS
Directores: Ernesto Morales y Leopoldo Durán

JOSÉ INGENIEROS

PSICOLOGÍA DE LA CURIOSIDAD

BUENOS AIRES
1916

The Library of the
University of Illinois
at Urbana-Champaign
JUN 28 1982

JOSÉ INGENIEROS

PSICOLOGÍA DE LA CURIOSIDAD

EDICIONES MINÍMAS
BUENOS AIRES
1916

Jose Ingenieros, el sabio profesor y joven maestro de la juventud universitaria argentina, cuyas obras han sido leidas y comentadas por otros sabios de reputación mundial, ha favorecido nuestras ediciones confiándonos la publicación del ensayo que contiene este opúsculo.

La **Psicología de la Curiosidad** *es un trabajo breve e intenso en el cual se estudian todos los aspectos de la materia que trata, con profundidad de concepción y belleza de forma.*

Belleza de forma... La línea recta severa de la Ciencia — aseveran los hombres científicos — no debe hallar punto de intercepción con la curva graciosa del Arte: sabiduría y gracia son dos vacablos antitéticos.

Afirmación verdadera tal vez... Pero si José Ingenieros, hombre de ciencia también, especializárase en botánica y hallárase ante una nueva variedad de rosas, creemos que admiraría su color o aspiraría su aroma, primero, para clasificarla con el indispensable latin después...

I. — ORIGEN Y FUNCIÓN DE LA CURIOSIDAD

Sin la inquietud de conocer la Verdad, en poco difiere un hombre de una cosa. No hay sentimiento más noble; ninguno dignifica más la condición humana. La curiosidad es un ala para volar sobre la realidad: observándola, experimentándola, aprendiéndola. Vivir es aprender; el que más aprende, vive más. Los hombres ignorantes vegetan; las naciones incultas sucumben. La genealogía de la civilización es una simple historia de la curiosidad humana a través de los siglos.

Cuenta una vieja leyenda egipcia que existió un simbólico santuario de la Verdad; columnas silenciosas, tostadas por el sol afiebrado, parecían formarle una decoración de hechizamiento. Llegábase hasta él por una interminable avenida que flanqueaban colosales esfinges, petrificadas en mutismo enigmático. Su ceño adusto desafiaba a los curiosos que insistían en llegar hasta el santuario, buscando solución a los interrogantes que la Naturaleza plantea al entendimiento humano. Inconmensurable era el camino; infinita la teoría de esfinges. Ninguna vida humana, fuera ella larga y laboriosa, habría bastado para arrancar a cada una su particular misterio. Así la vieja leyenda quería significar que al hombre le estaba para siempre vedado acercarse a la Verdad; y, en consecuencia, parecía aconsejar a los curiosos que desistieran de intentar un esfuerzo inútil.

La curiosidad humana no se rindió a la fácil moraleja. Lo que cada hombre, por sí solo, no podía avanzar en el arduo camino, lo intentaron conjuntamente los hombres más obstinados. Cada uno aprovecharía las respuestas obtenidas por sus precursores, coordinando las verdades parcialmente adquiridas en sistemas de verdades impersonales y colectivas: las ciencias.

Y a medida que los buscadores de la Verdad avanzan por la amplia avenida, van aprendiendo que la perspectiva es infinita. El santuario sigue siendo su objetivo ideal; aunque no ven la posibilidad de llegar a él, saben que ese es el camino a seguir, el único, y siguen la interrogación sucesiva de todas las esfinges que lo flanquean. Sin negar la esperanza de resolver los enigmas finales, atesoran día a día las respuestas parciales y provisorias obtenidas en la peregrinación.

De la curiosidad inteligente y organizada, madre y fuente de toda sabiduría, han nacido las "ciencias": sólo merecen tal nombre aquellos sistemas de verdades que nos permiten satisfacer nuestras principales curiosidades respecto de los fenómenos que estudian, aunque nuestro afán de conocer desbordará siempre, en mucho, a la posibilidad de satisfacerlo.

Todas las curiosidades no se equivalen; algunas son subalternas y otras admirables. Corresponden aquéllas al concepto vulgar que de ellas se tiene, siendo un vicio o una forma de instabilidad mental; otras tienen un objeto esencial para la vida y sus manifestaciones superiores constituyen la curiosidad intelectual. Son parientes, por su origen, si se quiere, pero su función y su dignidad son distintas. Hay que distinguir entre el prurito banal de inquirir sin motivo los mil chismes del día, los pequeños asuntos y secretos ajenos, las insignificancias que sólo pueden abastecer las charlas infecundas de los perversos e intrigantes, y el noble anhelo de colmar las lagunas de nuestra cultura, de conocer las causas y el ritmo íntimo de lo que vemos: pasión desinteresada por aproximarnos a la verdad en la interpretación del mundo que nos rodea. En ambos casos encontramos, sin duda, un fondo común, la tendencia a descifrar incógnitas; pero mientras la una es índice de frivolidad, la otra es indispensable para alcanzar un alto desarrollo de espíritu. Más aún, los grandes pensadores suelen distraerse de las insignifi-

cancias que entretejen el diario afán de la mediocridad, porque, en ellos, la gran curiosidad destruye la pequeña, como la luz solar impide brillar a las luciérnagas.

En las raíces instintivas de la curiosidad hallamos siempre la reacción del organismo a las novedades que se presentan a nuestra experiencia y procuran excitar nuestros sentidos; esa reacción orgánica, esa actitud mental, es utilitaria en su origen. Verdad es que algunas veces la utilidad es directa o inmediata, mientras en otras es mediata o indirecta. Esta diferencia ha inducido en error a muchos pensadores, haciéndoles decir que hay una curiosidad utilitaria y otra desinteresada, sin advertir que en ésta el interés existió primitivamente, tornándose luego tortuoso u oblicuo.

La Rochefoucauld (1), v. gr., considera que "hay varias clases de curiosidad: una interesada, que nos lleva a aprender lo que puede sernos útil, y otra de orgullo, que viene del deseo de saber lo que otros ignoran". Y, en una variante, amplía así su concepto: "La curiosidad no es, como se cree, un simple amor de la novedad; hay una interesada, que nos instiga a conocer las cosas para prevalernos de ello, y hay otra de orgullo que nos induce a ponernos sobre los que ignoran las cosas y a no colocarnos debajo de los que las saben" (2).

El supuesto de que existe una curiosidad desinteresada suele aplicarse con frecuencia a su forma intelectual. James (3) entiende que en cierta época de la vida llega a su máximum nuestra sensibilidad frente a ciertas lagunas de nuestro conocimiento, o el placer de resolver determinados problemas, facilitándose la adquisición de conocimientos científicos; "pero estos efectos pueden haber sido ajenos al destino de nuestro cerebro" y sólo en los últimos siglos podrían haber influído sobre la selección de las razas o los grupos humanos.

No obstante su importancia, esta función biológica tiene una bibliografía reducida. Encontramos mencionada la curiosidad, en su sentido vulgar, en los clásicos de la ética y de la filosofía; algunos modernos la enumeran al hablar de los sentimientos intelectuales y los libros de ciencia pedagógica enuncian la ventaja que

(1) La Rochefoucauld: *Máximas,* CLXXII.
(2) *Idem, Máximas* - Variante: CLXXXII.
(3) James: *Principios de Psicología.*

habría en utilizarla convenientemente en la educación. Su psicología suele involucrarse en el estudio de la atención; sobre su patología sólo tenemos observaciones incidentales.

Para Descartes la curiosidad es un deseo (1) y para Malebranche una inclinación (2); ambos se limitan a mencionarla, sin profundizar su génesis. Los contemporáneos concuerdan en considerarla un instinto (Darwin, Romanes, Spencer, Ribot, James, Patrizi, Ferriani, Thomas), inclinación (Garnier, Boucher), tendencia (Hoffding) o sentimiento derivado de ellos (Mercier). Concuerdan todos en que es un fenómeno primitivo de nuestra vida mental, pero el proceso genético de su formación aun no ha sido claramente explicado.

Si concebimos la vida como una continua adaptación del organismo viviente al medio en que vive, las funciones psíquicas se nos presentan como un sistema regulador de ese equilibrio, provocador de movimientos apropiados a las condiciones externas que los sentidos nos revelan. Vivir y pensar son funciones activas, incesantes; las condiciones físico-químicas de la materia viva establecen sus tendencias a la actividad, siendo el movimiento su manifestación más característica. La actividad vital busca el equilibrio entre el ser vivo y su medio: la adaptación. Esa tendencia al movimiento choca con las resistencias ambientes: los sentidos son los medidores de las resistencias y su excitación regula las reacciones motrices que adaptan el ser vivo al medio. En esa necesidad orgánica de "conocer para adaptarse" encontramos el origen biológico de la curiosidad.

El conocimiento del medio por los sentidos constituye la experiencia. La curiosidad puede llevarnos a conocer la realidad o a equivocarnos respecto de ella; en el primer caso la experiencia es exacta y nos encamina hacia la verdad; en el segundo hay errores de los sentidos que llevan a la ilusión o a la alucinación, bases del error, y que se refieren a las sensaciones mismas o a sus representaciones.

La experiencia de los sentidos es, pues, una función biológica y la tendencia a efectuarla es lo que suele

---

(1) Descartes: *Traité des passions,* II part, art. 70, 88, pass.
(2) Malebranche: *Recherche de la Verité,* Libro IV.

designarse con el nombre de curiosidad. Derivando de funciones de adaptación, primordiales en la vida de todas las especies vivientes, la curiosidad es primitiva y se explica su importante función en la vida individual o social.

Observa James que la curiosidad y el miedo constituyen una pareja de emociones antagónicas, pudiendo ser provocadas las dos por el mismo objeto exterior y siendo útiles ambas al ser que las posee. El espectáculo de su alternación en los animales que se encuentran por vez primera frente a un ser u objeto desconocido, suele ser ameno. Si los objetos nuevos pudieran ser siempre útiles, sería mejor para el animal no tenerles miedo en ningún caso: pero como pueden ser nocivos les conviene no ser indiferente ante ellos, permanecer en guardia, cerciorarse de lo que pueden ser y hacer, antes de decidirse a estar tranquilos en su presencia. La base instintiva de toda curiosidad biológica y humana reside, pues, en la "novedad" de lo que se presenta a nuestros sentidos, sin que sepamos si es útil o nocivo. En el curso de la evolución, específica o individual, aparecen otros factores que modifican el primigenio interés defensivo que nos despiertan las cosas, a punto de ser difícilmente perceptible en las manifestaciones superiores de la curiosidad intelectual.

Es siempre utilitaria, sin embargo; una ampliación de la experiencia implica un conocimiento menos inexacto de la realidad y constituye una ventaja en la lucha por la vida, favoreciendo la adaptación y la supervivencia. Se comprende que los excitantes de la curiosidad intelectual pueden no ser ya objetos, sino modos de concebir los objetos mismos; pero nuestra curiosidad tiende a llenar las lagunas de las síntesis mentales efectuadas sobre las partes de realidad que más nos interesan, buscando el equilibrio de nuestras ideas y facilitando la adaptación de nuestra conducta a un cierto concepto del medio a que nos adaptamos.

Concuerdan los biólogos en admitir que la sensibilidad es un caso particular de la irritabilidad protoplasmática, entendida ésta como una propiedad general de la materia viva. Después, a medida que los seres evolucionan, especializan tejidos y órganos que facilitan el cumplimiento de las diversas funciones necesarias para la conservación de la vida. Para llenar mejor su obje-

to, al constituirse órganos especiales, van apareciendo especializaciones definidas de la sensibilidad y del movimiento.

Las tendencias o inclinaciones se forman en el curso de la experiencia de la especie. Pueden referirse directamente a la vida física (como el hambre o la sexualidad), o indirectamente por medio de la actividad mental: así se desenvuelven las tendencias estéticas, religiosas, intelectuales, etc.

La tendencia intelectual — o curiosidad — se manifiesta de modo inmanente o hereditario, orientada de la manera más eficaz para conocer la realidad ambiente, extendiendo el campo de la experiencia individual. Cada cosa que solicita nuestros sentidos o nuestra imaginación puede ser un objeto de curiosidad.

Producto de la experiencia filogenética, esa tendencia es adquirida en el curso de la evolución de las especies; adquiere caracteres más diferenciados en la evolución de la especie humana. Como tendencia corresponde a lo que en el lenguaje antiguo se designaba con el nombre de "instinto", que hoy comienza a rechazarse en biología y psicología, por lo menos con los caracteres que antes se le atribuían. Admítese ahora que no hay instintos fijos, sino variaciones adquiridas por la experiencia de nuestros antepasados, fijadas en hábitos y transmitidas hereditariamente. En este sentido diríamos que la curiosidad (o "instinto intelectual") es el hábito de la función de conocer, adquirido por la especie y transmitido hereditariamente como una tendencia.

La curiosidad se nos presenta, en suma, como una necesidad compleja de todo el organismo, subordinada a sus modificaciones orgánicas y bioquímicas: un estado de actividad de todo nuestro ser, que acomoda nuestros centros nerviosos más evolucionados para facilitar las percepciones o representaciones útiles a la vida. Sobre las bases de esa tendencia hereditaria desarróllase en los individuos el sentimiento intelectual y evoluciona hasta revestir caracteres varios y complicados.

Sus grados y aspectos difieren de individuo a individuo. Su función crece progresivamente en la evolución humana, encaminando las tendencias hereditarias hacia su más favorable actuación. Cuando la tendencia

ha encontrado las condiciones propicias, asume caracteres volitivos, de acción, pudiendo en ciertos casos convertirse en verdadera "pasión intelectual", fase superior de nuestra vida afectiva, capaz de compeler la conducta en el sentido de la tendencia.

Respecto del origen y función biológica de la curiosidad, podríamos, pues, decir que la experiencia de los sentidos es una tendencia instintiva y la condición inicial del conocimiento de la realidad, indispensable para la adaptación. La curiosidad es el exponente funcional de esa tendencia y se revela con tantas manifestaciones cuantos son los modos de la realidad cuyos enigmas intentamos descifrar. El "por qué" y "cómo" de las cosas están perpetuamente planteados ante nosotros, cual interrogantes cuyas soluciones relativas pueden servirnos en la lucha por la vida; sin olvidar, empero, que su respuesta absoluta es la perpetua quimera que escapa a nuestro esfuerzo y el estímulo incesante de la curiosidad humana.

Y es privilegio de los espíritus más altos, en las ciencias y en las artes, vivir con el ingenio alerta sobre todas las manifestaciones de la Naturaleza, escrutando sus secretos más íntimos, auscultando sus palpitaciones, descifrando sus problemas remotos y obscuros, multiplicando la propia vida por los cien caminos nuevos que hacia ella entreabre la curiosidad, a los que pueden decir como el poeta: "Nessuna cosa mi fu aliena; nessuna mi sará mai, mentre comprendo. Vigile a ogni soffio, intenta a ogni baleno, sempre in ascolto, sempre in attesa, pronta a ghermire, pronta a donare, pregna di veleno o di balsamo, torta nelle sue spire possenti o tesa come un arco, dietro la porta augusta o sul limitare dell'immensa foresta, ovunque, giorno e notte, al sereno o alla tempesta, in ogni luogo, in ogni evento, la mia anima visse come diecimila!" (1).

---

(1) D'Annunzio: *Le Laudi*, Vol. I, pág. 23 y 24.

II. — EVOLUCIÓN DE LA CURIOSIDAD

Un ser sin curiosidad sería incapaz de vivir; cada ser viviente es curioso a su manera. Lo es el gato, tendido ociosamente sobre un tejado, cuando sigue con ágil pupila a los pájaros que rayan la comba del cielo; lo es el gaucho que encontrándose en un bulevar moderno todo lo escruta con ojo sorprendido y avizor; curioso es el pobre de espíritu cuya mente pueblan de alarma intranquila todas las pequeñas incidencias que ocurren en torno suyo; y lo es el niño indiscreto que nos acosa con preguntas acerca de las mil novedades que inquietan su experiencia rudimentaria; y también la mujerzuela ávida de fruslerías que inclina su oído sobre el ojo de las cerraduras para atisbar secretos ajenos. Todo ello nos muestra diversas fases evolutivas de la curiosidad a través de las especies, de las razas y de los individuos, desde formas sencillas hasta expresiones complejas.

La vemos aparecer en los tramos rudimentarios de la evolución biológica; cualquier objeto desconocido puede excitarla y la atención es facilitada por el acercamiento al objeto y su exploración con las superficies tactiles, con la nariz, con los labios. Toda la operación de "tantear", es decir, el conocimiento por el tacto, tan difundido en la serie animal, es una manifestación de la curiosidad sensorial aplicada al conocimiento de las cosas. Con frecuencia observamos que los animales merodean en torno de un objeto desconocido, acercándose a él mientras está inmóvil, husmeándolo, mirándolo, para fugar en cuanto observan un movimiento, por aquel antagonismo entre el miedo y la curiosidad que domina a todos los animales frente a lo desconocido. Los peces acuden donde aparece un objeto desconocido y pescadores hay que se valen de luces para llamarlos a sus redes. Entre los pájaros el hecho es más frecuente y la vivacidad de los colores suele atraer-

los, dato conocido y explotado en cinegética. Quien quiera leer a Romanes (1) y Darwin (2) encontrará centenares de observaciones sobre la curiosidad en los animales. Ella hace acudir millares de insectos en torno de nuestras lámparas eléctricas, en las noches estivales; ella, en lejanas tierras polares, induce a los pájaros a aproximarse sin miedo al raro visitante de las comarcas, para conocer a su modo a los viajeros que constituyen una novedad en su humilde experiencia; ella, en nuestros jardines zoológicos, hace agolparse los monos a la rejilla cuando una mujer vestida con vivaces colores pasa por las inmediaciones; ella salva al minero de nuestras casas, haciéndole observar desde la entrada de su cueva si está en la habitación el temido gato que le acecha implacable. Cuentan los naturalistas la estratagema que en Ceylán se emplea para cazar fieras, fundada en la curiosidad que les produce un sensación nueva: atan un cencerro al cuello de un búfalo y le ponen sobre el dorso un canasto con antorchas encendidas; a medida que el búfalo penetra en la selva, acuden leopardos, jabalíes y otra caza mayor, atraída por lo insólito de la luz y el sonido; los cazadores, que vienen detrás, hacen fácil blanco sobre las fieras curiosas, que parecen suspensas y fascinadas. Notoria es la prueba que hizo Darwin sobre la curiosidad de los monos; no obstante el terror pánico que les infunden las serpientes, no resisten a la tentación de observarlas de cerca; dice el naturalista inglés que ellos se acercaban prudentemente, uno tras otro, a la caja o cartucho en que estaban, llegando hasta levantar la tapa o desenvolver la punta del papel, huyendo en seguida aterrorizados.

Esta función de la curiosidad, estrechamente ligada con el conocimiento, es, sin duda, mayor en las especies que han alcanzado un desarrollo mental más considerable; por otra parte, tratándose de una función útil y selectiva, cada especie tiene curiosidades apropiadas a sus condiciones de vida. El hombre, en razón de su evolución más compleja, es el animal dotado de mayor curiosidad general y capaz de más vasta experiencia.

No es uniforme, sin embargo, la curiosidad humana,

---

(1) Romanes: *Evolución mental,* pág. 283 a 351.
(2) Darwin: *Descendencia del hombre*, pass.

como no es homogéneo su nivel mental, en las distintas sociedades que constituyen la especie y en las diversas clases superpuestas en una misma sociedad. ¿Es curioso el hombre primitivo? ¿Cuáles son sus curiosidades preferentes? Conviene, en efecto, recordar que las hay elementales y complicadas, directamente contiguas a las sensaciones e indirectamente abstraídas de las mismas: curiosidades de los sentidos y curiosidades del entendimiento. Spencer refiere numerosos hechos que establecen su escasa curiosidad por los enigmas remotos que nacen de la contemplación meditativa (1); considera infundada la hipótesis poética que imagina al hombre primitivo entregado a especulaciones sobre los fenómenos del mundo que lo rodea, no teniendo interés alguno de comprenderlos. Si esa curiosidad intelectual no existe en el hombre primitivo, las formas inferiores de la curiosidad son comunes en él. "La necesidad de conocer — observa Ribot — parece muy desigualmente repartida en las diversas razas; el único hecho universal es que la curiosidad primitiva se limita a cosas muy simples, que tienen o parecen tener una utilidad práctica. La curiosidad y el estado afectivo que la acompaña, tiene por fin la conservación del individuo, lo mismo que los otros sentimientos propios de ese período inicial de la evolución. Estar alerta, averiguar lo que es útil y lo que es nocivo, en una palabra "saber", es en el orden práctico un arma poderosa en la lucha por la vida, una causa de selección" (2) en favor de los curiosos y en contra de los indiferentes. Con ellos concuerdan los psicólogos modernos al admitir que en los pueblos primitivos son comunes las formas inferiores, inmediatamente utilitarias, escaseando la curiosidad intelectual.

Prueba de ello tenemos observando la mentalidad de las clases sociales inferiores consideradas como verdaderas razas primitivas vivientes en medio de la civilización moderna (3). El gaucho hipotético, a que hace un instante nos referíamos, meditando en la noche serena de la pampa sobre los hondos problemas que el universo plantea al espíritu humano, sólo puede concebirse como una excepción genial dentro de su ambiente y de su clase.

---

(1) Spencer: *Principles of Sociology*, I, pág. 88-89.
(2) Ribot: *Psychologie des Sentiments*, pág. 371.
(3) Nicéforo: *Anthropologie des classes pauvres.*

El hombre inculto, lo mismo que el salvaje, sólo es capaz de las curiosidades inferiores que sirven directamente a sus necesidades inmediatas. Atrasados en la civilización, equivalen a los retardados en la evolución humana, y, lo que es más significativo, equivalen también a los deficientes en su desarrollo individual.

Los que hemos frecuentado las dolorosas clínicas manicomiales sabemos que los deficientes, los imbéciles y los idiotas, poseen una curiosidad raquítica o subalterna, incapaz de manifestaciones superiores. Basta leer el conocido libro de Sollier (1) para advertir que la curiosidad del idiota es casi nula; lo que se mueve o acontece en torno suyo no le interesa; sus sentidos parecen obtusos, rebeldes a toda nueva experiencia; su ojo no escruta, su labio no interroga, su oído no se adapta a los sones, su entrecejo no se frunce jamás para indagar un "cómo" o un "por qué". El imbécil tiene, en cambio, la curiosidad del primitivo, del ignorante o del niño; su espíritu es incapaz de fijarse o coordinarse en un sistema y su curiosidad es instable, fatua, mariposeadora; mil preguntas revelan su indigencia intelectual cada vez que un objeto o un hecho se presenta a la experiencia de sus sentidos, sin ser capaz siquiera de esperar una respuesta o de comprenderla.

En el imbécil, que suele acosar con preguntas absurdas o desatinadas, sólo encontramos la caricatura de la curiosidad intelectual.

La curiosidad del niño aparece con los mismos caracteres que la del primitivo, del inculto y del deficiente. Para él casi todo es nuevo y está naturalmente inclinado a interesarse por cuanto se le presenta; las cosas más insignificantes son objeto de su curiosidad, por lo menos hasta que las comprende.

La curiosidad es manifestación de inteligencia que despierta y desea ejercitarse en el conocimiento de la realidad. El niño aburrido, apático, indiferente, el que nunca pregunta el cómo y el por qué de las cosas, ese alabado niño "discreto", que no compromete a las mamás imprevisoras, no es inteligente. La tendencia a conocer se manifiesta primero como necesidad de emociones; eso explica en gran parte la rapidez con que el niño adquiere, transforma y abandona sus gustos, los

(1) Sollier: *Psychologie de l'idiot et de l'imbécile.*

incesantes caprichos que hacen variar constantemente sus preocupaciones, dirigiendo en sentido múltiple su curiosidad instable. Más tarde el niño inteligente se vuelve travieso; todo lo inesperado o novedoso le interesa y llega hasta buscar los pequeños peligros en que se balancean la curiosidad y el miedo. En un período ulterior comienza a elevar y complicar su curiosidad; después de romper un muñeco para ver lo que tiene dentro, desarma su primer reloj buscando el secreto del engranaje, abre el cadáver de un pez o de un ave doméstica para cerciorarse de su configuración anatómica, o desenvuelve un cohete para descubrir el secreto de las sustancias explosivas. Y así, poco a poco, la experiencia lo va poniendo en posesión de la realidad; la instrucción sería prácticamente imposible si no existiera la curiosidad. El niño debe ser curioso; cuanto más curioso, más educable. El que no sienta el aguijón de la curiosidad, será tardío y mezquino para enriquecer su patrimonio intelectual.

Suele atribuirse a la mujer la curiosidad inferior que acabamos de consignar como propia de las mentalidades deficientes o en formación; el teatro y la novela picaresca han sacado abundante partido de esta malhadada curiosidad femenina y nos hemos acostumbrado a suponer que la mitad del género humano invierte sus horas en atisbar lo que pasa en la casa del vecino, en averiguar detalles de las vidas ajenas, en interesarse por la crónica de los crímenes pasionales y en análogas manifestaciones de la curiosidad subalterna. El hecho no es exacto sino a medias; es el resultado de una actividad mental no encauzada en ningún sentido útil, exenta de preocupaciones y de trabajos, quedando las manos y la lengua libres. Alejadas de las grandes actividades intelectuales, sociales, políticas y económicas, que el hombre monopoliza, ellas se ven obligadas a interesarse por menudencias y fruslerías que llenan su existencia mientras no sobreviene su gran función biológica y social: la maternidad. No olvidemos, para ser justos, que existe infinidad de hombres en condiciones semejantes y que las mujeres ilustradas pueden estar exentas de esas pequeñeces de espíritu que nivelan su curiosidad con la del niño y del primitivo.

La evolución de la curiosidad muestra un paralelismo entre ella y el desarrollo mental, así como el adve-

nimiento paulatino de curiosidades cada vez más indirectamente utilitarias. La curiosidad, como la vida, tiene innumerables gradaciones: desde el animal que palpa y husmea hasta la genialidad de un Aristóteles o un Bacon que ansiosamente anhela conocer y comprender todos los misterios de la Naturaleza.

III. — PSICOFISIOLOGIA DE LA CURIOSIDAD

Observando los fenómenos fisiológicos que acompañan a esta actitud mental, podríamos escribir un vasto capítulo de fisiognomonía correspondiente a la curiosidad. La expresión mímica de un grupo de niños que escuchan el relato de una vieja abuela, el asombro del sujeto inculto frente a las vidrieras de un bazar urbano, la espectación del sabio que persigue bajo su microscopio algún secreto íntimo de la vida microbiana, todo ello se traduce por fenómenos fisiológicos que pueden ser registrados y medidos, lo mismo que los estados de atención, la emotividad, la fatiga, el trabajo intelectual y tantas otras actividades intelectuales que la psicología experimental ha sometido a examen en sus laboratorios, emancipándolos de la antigua especulación dialéctica a que los tenía vinculados la psicología palabrista y discursiva. Así tendríamos una psico-fisiología de la curiosidad.

Todos los estados que exaltan las funciones vitales, pueden acompañarse de un aumento de la curiosidad; el hombre sano da a las cosas mayor interés que el caquéctico, ve solicitada su atención por más hechos y objetos del mundo que le rodea.

Los estados depresivos, en cambio, apagan la curiosidad y estorban la inteligencia, traduciéndose por el notorio fenómeno del aburrimiento, que podríamos definir como un embotamiento de la curiosidad.

Las enfermedades que agotan el organismo disminuyen la curiosidad del enfermo; y la vejez, decadencia

progresiva del organismo, se traduce también por una atonía de la curiosidad cuya más alta expresión es el desinterés por la vida misma. Por eso ha observado algún filósofo que la muerte, pavorosa para un ser sano y joven, va siendo cada vez menos temida mientras avanzamos en la madurez y la senectud, o cuando una larga enfermedad disminuye nuestra curiosidad y nuestro interés por la existencia: la cara de la muerte es menos fea cuando nos aproximamos a ella lentamente, hasta verla de cerca.

A esas condiciones fisiológicas generales de la curiosidad y el aburrimiento, pueden agregarse otras que se refieren a las diversas fases por que la curiosidad humana pasa habitualmente.

Ribot (1) estudia la curiosidad como un instinto o tendencia de conocer, que sirve de base al desarrollo de los sentimientos intelectuales. Distingue en ella tres momentos psicológicos que se "expresan por fenómenos fisiológicos diversos".

La "sorpresa" es lo primero que la sensación provoca en nosotros; es un estado emotivo especial, irreductible a cualquier otro, y consiste en un choque, en una desadaptación. Su carácter propio e inequívoco es la falta de contenido intelectual o afectivo; es una simple relación, una transición entre dos estados, un breve gesto del espíritu. Su modo de expresión y sus concomitantes fisiológicos son notorios; los describió Darwin (2): la comisura palpebral está agrandada, la boca abierta o entreabierta, las cejas levantadas, una inhibición general sucede a la sacudida primitiva, los latidos del corazón y del ritmo respiratorio se aceleran, etc. Es, en una palabra, un fenómeno de desadaptación orgánica provocada por la sensación que sorprende inesperadamente.

A la sorpresa sigue el "asombro". Ribot cree, de acuerdo con Bain (3) y Sully (4), que la distinción entre esos dos momentos no es una sutileza banal: la sorpresa es momentánea y el asombro estable, aquélla es desadaptación y ésta readaptación, la una carece de materia objetiva y la otra depende de un objeto nuevo,

(1) Loc. cit.
(2) Darwin: *Expresión de las emociones,* cap. XII.
(3) Bain: *Emotions,* cap. IV.
(4) Sully: *Psychology,* tomo II, 126.

extraño o inesperado. Al asombro se refería Descartes (1) al clasificar la admiración entre las seis pasiones principales. Por fin el asombro implica el despertar de la atención, de cuyos caracteres participa: unidad de la conciencia, convergencia hacia un solo objeto, intensidad de la percepción o de la representación y adaptación de los movimientos (2) A la primitiva desadaptación orgánica provocada por la sensación, sucede, pues, una readaptación del organismo a ella, un enfocamiento de la mente al objeto que solicita su curiosidad.

La "interrogación" es el tercer momento de la curiosidad, caracterizado por la reflexión que sucede a la percepción del objeto. El nuevo dato sometido a nuestra experiencia es incorporado a la personalidad, es decir, a la experiencia, precedentemente acumulada, conociéndose así el objeto por un proceso comparativo y de correlación con las sensaciones precedentes. Es ese el momento de la curiosidad propiamente dicha, cuando el sujeto se pregunta qué es, cómo es y para qué es el objeto percibido. Los animales, el hombre primitivo, el niño, se plantean sin cesar esa triple cuestión, instintivamente y mediante actos, aunque sin llegar a formularla en términos explícitos. La interrogación tiende a asimilar el objeto, a clasificarlo en nuestra experiencia total.

La psicología experimental de la curiosidad cuenta con breves contribuciones, confundiéndose sus datos más perceptibles con la fisiología de la emoción, de la atención o del razonamiento, según se trate de la sorpresa, el asombro o la interrogación. En esta última el músculo frontal se contrae y la frente se pliega, los párpados se entreabren ampliamente, el orbicular de la boca se afloja dilatando la comisura de los labios, los músculos voluntarios modifican su tonicidad, en una palabra, todo el organismo refleja esa preparación de la mente para incorporarse el fenómeno nuevo que es objeto de la curiosidad. Para todo lo que se refiere a la expresión mímica de este fenómeno mental pueden leerse los libros clásicos de Bell, Gratiolet, Piderit, Lavater, Duchenne, Darwin y Mantegazza, o los modernos

(1) Descartes: *Traité des passions*, parte II, art. 10.
(2) Ribot: *Psychologie de l'attention.*

de Hartemberg, Waynbaum, Cerchiari, De Sanctis, Cuyer, Patrizi, etc.; para los trastornos viscerales que los acompañan puede abordarse la vasta bibliografía de las emociones y la atención, que sería largo enumerar, y cuya mención analítica excedería al propósito especial de este trabajo.

IV. — VARIEDADES PSICOLÓGICAS DE LA CURIOSIDAD

Por su mecanismo psicológico podemos distinguir formas diversas de curiosidad.

En un caso serán curiosos los sentidos, como en la dama elegante que necesita tocar las telas que observa en una tienda, o en el escultor que además de copiar las formas de su modelo siente la necesidad instintiva de palparlas, como si quisiera conservar un molde de las curvas en el hueco de su propia mano. Otras veces la curiosidad es sentimental, como en esos espíritus tiernos o sensibles que se aventuran a un amor en busca de emociones o se precipitan sobre los diarios para averiguar las peripecias y el desenlace de un drama pasional. Y en otros casos, por fin, observamos la curiosidad ingénuamente metafísica del gaucho que cruza la pampa en una noche de luna, cantando un triste o una vidalita, mientras se pregunta el origen de esas estrellas que titilan en lo alto, sobre su cabeza, marcándole el camino, e inquiere si ese tranquilo horizonte tiene límites, y para qué sirve, y quién lo hizo, y por qué el hombre lo contempla sin poder descifrarlo, y cuál es el principio y el fin de ese universo que tienta de mil maneras su curiosidad más alta, la curiosidad intelectual.

Basta comparar tres tipos, clásicos en la literatura, para advertir que la curiosidad de los sentidos, del corazón y de la inteligencia, son aspectos bien diferenciados.

Cuenta Ovidio (1) que Acteón, hijo de Cadmo, se encontraba en un valle sombreado por pinos y cipreses, después de una profícua cacería. Abríase en el fondo del valle una gruta y en su interior murmuraba una fuente serena, cuyas aguas claras se esperezaban holgadamente entre dos márgenes de césped oloroso. En su cristal solía bañarse Diana, cuando fatigada de la caza apetecía refrescar sus formas castas. Llegó la diosa y con la ayuda de sus ninfas confió al secreto de la fuente la belleza desnuda de sus líneas. En ese instante Acteón dirigió sus pasos errantes hacia el boscaje ignoto y penetró a la gruta, quedando absorto en la contemplación del espectáculo divino que el azar ofrecía a su curiosidad. Le vieron las ninfas; dándose de golpes en los senos turgentes, llenaron el bosque con el alborozo de sus gritos. Diana, para castigar al curioso que osó mirar su impoluta desnudez, lo metamorfoseó en ciervo; así el imprudente echó a correr por los bosques, hasta que fué devorado por los perros de su propia trahilla.

Otro tipo de curiosidad nos presenta Cervantes (2) en el conocido relato de "el curioso impertinente". Anselmo y Lotario, caballeros ricos y principales, profesábanse la amistad más absoluta. Andaba el primero perdido de amores por Camila, doncella distinguida y hermosísima, acabando por hacerla su esposa. A poco de ello, Anselmo sintió irresistible curiosidad de saber si ella era tan buena y perfecta como él pensaba: tal curiosidad tornóse obsesiva, hasta que decidió confiar a Lotario la causa de sus inquietudes, pidiéndole que la requiriese de amores para probar su virtud. Después de muchas resistencias, aceptó el amigo la enojosa tarea, aunque proponiéndose no intentar la seducción que el marido curioso le exigía. En vano quiso el buen amigo fingir que sus tentativas eran infructuosas; Anselmo no dejó de emplear ardid para obligarle a cumplir su promesa. Cumplióla al fin y quiso el destino que llegara a tomar en serio su papel de galán, apasionándose a tal extremo por Camila, que ésta llegó a sentir por él una afectuosa compasión. Un breve paso los separaba del amor completo y el curioso marido hizo lo

(1) Ovidio: *Metamórfosis,* Libro III, Met. III.
(2) Cervantes: *Quijote.*

posible porque lo dieran, consiguiéndolo. Desde entonces su esposa y su amigo vivieron engañándole, hasta que una circunstancia inesperada le reveló las consecuencias de su impertinente curiosidad, trayendo la catástrofe sentimental que es dado suponer.

Aunque demasiado contemporáneo para que su tipo sea clásico, Paul Bourget (1) ha escrito una acabada silueta del curioso intelectual, que todo lo indaga y experimenta a través de su prisma investigador, sin respetar sentimientos fundamentales en la mujer que somete a su experiencia psicológica. Adrián Sixto, viejo filósofo que quiere buscar el secreto de las pasiones humanas a través del más alambicado análisis, encuentra un discípulo en la persona del joven Roberto Greslou, cuya pobreza no es traba a su afán de ensayar experimentalmente las doctrinas que llegan a preocuparlo. Admitido como profesor en una casa de antigua nobleza, acaba por despertar una pasión experimental en la hermana mayor de sus alumnos, rematando su ensayo en una dolorosa tragedia. ¿Quién es el culpable? Llega el asunto a la justicia y el viejo Sixto es llamado a declarar, asombrándose de que la intelectual curiosidad de estudiar el alma humana haya podido generar tan irreparable catástrofe.

En los tres casos mencionados la curiosidad asume caracteres diversos, por los móviles que la instigan y los métodos con que se satisface. En el personaje mítico de Ovidio la curiosidad es puramente sensorial y las sensaciones visuales están al servicio de la contemplación estética de la desnudez. El personaje cervantino está movido por impulsos del corazón y sus ardides imprevisores tienen por objeto satisfacer una curiosidad sentimental. Roberto Greslou es un experimentador de almas y nos presenta el caso bien definido de la curiosidad intelectual aplicada trágicamente a la solución de un problema de psicología femenina.

En verdad, a primera vista, los objetos capaces de provocarnos curiosidad para ser incorporados a nuestra experiencia, actúan sobre nuestros sentidos; pero las representaciones de las sensaciones, en cierto grado de la evolución mental, llegan a desempeñar un rol tan importante como las sensaciones mismas, complicándose

(1) Bourget: *Le disciple.*

esparcimiento y recreo de
orciona el empleo de los a

DEMOCRATA CRISTIANO

Homenaje a Luigi Sturzo

La junta nacional del partido Demócrata Cristiano dió una declaración en homenaje a la memoria del presbítero Luigi Sturzo, "creador de la política demócrata cristiana, luchador incansable contra los totalitarismos de derecha e izquierda".

Entre otros conceptos, se expresa:

"Idealista impetuoso se dió a la acción buscando incansablemente el mejoramiento de toda realidad humana y por ello pudo crear la Confederación Italiana del Trabajo y defender con éxito las autonomías municipales, la libertad de enseñanza y el sistema republicano".

Con el mismo motivo, la junta envió un telegrama al señor Adone Zoli, dirigente del partido Demócrata Cristiano italiano.

SOCIALISTA (Secretaría Muñiz)

Del Consejo Central de Juventudes

El Consejo Central de Juventudes Socialistas dió una declaración, en relación con los últimos acontecimientos políticos, en la que, entre otros conceptos, expresa:

"En su desenfrenada carrera hacia la derecha, cumpliendo las condiciones impuestas por el Fondo Monetario Internacional y el Departamento de Estado, el gobierno argentino entrega el poder al hombre de confianza del imperialismo norteamericano, capitán Alvaro Alsogaray.

"Como parte de esa tarea, los lacayos del gobierno trabajan en la redacción de una ley de defensa de la democracia, que debería llamarse ley de defensa del privilegio y de la explotación".

Finalmente, se manifiesta en favor de la unidad obrera, de la reincorporación de los cesantes y del "enfrentamiento decidido al plan de hambre y desocupación del imperialismo".

con ellas en el desenvolvimiento de los estados afectivos y los procesos intelectuales. Toda forma de curiosidad podría, acaso, reducirse primitivamente a una curiosidad sensorial; más aún, a cada forma especializada de sensibilidad corresponde un modo particular de curiosidad, desde las indefinidas, como el hambre y el amor, hasta las propias de los sentidos especiales. Pero en los casos complejos de nuestra actividad mental, los sentidos sólo sirven de intermediarios entre la realidad y nuestra mente. Por eso creemos exacto distinguir como Patrizi (1), una curiosidad sensorial, una afectiva y otra intelectual.

El distinguido fisiólogo observa que, a menudo, tenemos curiosidad de ver, de oir, de "sentir" en una palabra, únicamente por la reacción que experimentamos usando nuestros aparatos receptores de excitaciones externas; en esos casos prescindimos de toda construcción psíquica superior a la que podrían servir esos simples datos de la sensibilidad. El ojo condenado a la obscuridad puede desear una sensación luminosa bruta, sin contenido de forma; en el silencio de la noche ansiamos a veces una vibración sonora de cualquier clase que perturbe la inercia de los centros nerviosos. La función de los órganos se acompaña de un tono afectivo agradable, preferible al fastidio de la quietud que trae el aburrimiento. Es difícil separar la curiosidad por la sensación misma de la curiosidad por el tono afectivo que la acompaña; en algunos casos patológicos ella se pone más de relieve, como en la "Violante" que persigue como un perro de presa las sensaciones olfativas y a quien sus adictos sólo aciertan a regalar frascos de esencias y perfumes (2). Y aquí también podríamos clasificar la refinada curiosidad gustativa de "Des Esseintes", que llega a componerse una sinfonía gustativa fabricándose un armario lleno de frascos que contienen licores variadísimos, comunicando sus robinetes con resortes automáticos que dejan caer una sola gota en la minúscula taza donde todas se combinan sinfónicamente; recordemos los sonidos que el personaje de Huysmans asocia a cada sensación gustativa y recordemos también que en otra de las fantasías que tientan

(1) Patrizi: *Nell'estetica e nella scienza.*
(2) D'Annunzio: *Le Vergini delle Roccie,* 137.

su curiosidad sensorial se fabrica una sincromía de olores, asociando a cada perfume una imagen visual de color o de forma. Así como tiene un "órgano de gustos", dispone también de una "galería de perfumes" (1)

Las curiosidades afectivas o emotivas han sido ya clasificadas sobre la base de los sentimientos: curiosidad egoísta y altruísta, curiosidad doméstica, curiosidad patriótica, social, moral, religiosa, estética; el sentimiento que campea en un espíritu despierta en él, de preferencia, la curiosidad correspondiente. "El egoísta sólo se interesa por las cosas que le atañen directamente; la mujer que atravesando las calles se encuentra con un enjambre de niños que sale de la escuela, y se detiene contenta a mirarlos, adivina en sí a la madre; es curiosidad patriótica la que pone en tantas manos los relatos de las gestas de los héroes nacionales o las canciones de la patria, y la que guía las masas a las grandes revistas militares o fiestas cívicas; tiene sentimientos humanitarios el que no desdeña interesarse por todos los problemas que afectan los destinos colectivos; y es curiosidad social la que mueve tantas acciones nuestras, desde el indiscreto escuchar tras una puerta hasta el espejo múltiple que el quieto holandés instala en su ventana para observar lo que ocurre en la vía pública; la curiosidad moral permite leer todavía esos antiguos novelones que rematan en el castigo del réprobo y el triunfo del virtuoso; es curiosidad religiosa la atracción por ciertos asuntos antiestéticos despertada por una secular estratificación afectiva, fruto de las creencias de nuestros antepasados. La curiosidad estética, el deseo de la belleza, es tan difundida, tan evidente, que huelgan los ejemplos. Pero más singular es la curiosidad de ciertas emociones dolorosas. ¿En qué consiste el deseo secreto que nos lleva a un anfiteatro de anatomía, a visitar una morgue, a contemplar un espectáculo de box? ¿Por qué los degenerados y los delincuentes se apiñan en los debates públicos de los grandes crímenes, leen ávidamente los folletines policiales y se agolpan frente a las guillotinas en la hora de las ejecuciones? ¿Por qué algunas histéricas se hacen enfermeras buscando el placer en las emociones dolorosas del sufrimiento ajeno?" Degeneración en unos

(1) J. K. Huysmans: *A Rebours.*

casos; atavismo en otros. Pero el hecho fundamental para nosotros es uno: cada hombre tiene las curiosidades correspondientes a sus sentimientos habituales.

En todas sus formas primitivas la curiosidad es un instrumento utilitario de selección y de lucha por la vida. Pero cuando las condiciones de la existencia se modifican, atenuándose sus asperezas, tórnase posible la investigación desinteresada de la verdad, la curiosidad intelectual propiamente dicha, instrumento específico del sentimiento intelectual.

Muchas veces es indirectamente utilitaria, como quiere Ribot; se busca el éxito en la vida y se hace una carrera intelectual. Pero sería exagerado negar que en algunos casos la curiosidad intelectual se presenta como una inclinación, libre de toda "arriére-pensée" práctica. Muchos casos pueden encontrarse en las biografías de los filósofos y muchos también entre la obscura cohorte de hombres de ciencia que marchitan su vida en los laboratorios y en las bibliotecas. Entonces el sentimiento se convierte en verdadera pasión intelectual, se renuncia a todos los otros halagos de la vida y la energía individual parece polarizarse en torno de la persecución de la verdad, como en los casos notorios de Kepler y Spinoza, exponentes conmovedores de estas vidas de quimera y de sacrificio, trascurridas en la sombra de un tabuco sin más norte ni esperanza que penetrar los secretos de la realidad que nos rodea, dando a la pasión intelectual una tenacidad y una fijeza que la hacen resumir la entera evolución de una vida en la historia individual del pensamiento.

V. — CURIOSIDAD Y CULTURA INTELECTUAL

Educando la curiosidad intelectual se intensifica el amor por las cosas altas del espíritu, por las ciencias y por las artes, que son la más clara enseña de cultura, el exponente más inequívoco de la civilización de un pueblo o de una raza.

Si nos tomáramos la molestia de acechar a cien transeuntes y preguntarles por los iniciadores de las ciencias y las artes argentinas, sólo alcanzaríamos a leer en la fisonomía de los más una inquietante expresión de sorpresa; los sabios y los poetas son poco menos que ignorados, fuera de estrechos círculos intelectuales.

Este fenómeno de ignorancia colectiva, idéntico en todas las naciones, con muy rara excepción, sintetiza un estado de espíritu que en las naciones en formación puede generar funestas consecuencias. Esta visible despreocupación, rayana en desdén, por las cosas de la inteligencia, por la cultura literaria o científica, coincide con una desmesurada idolatría por los deportes físicos, que sobre ser excluyente y unilateral, no admite distingos entre los que son útiles al individuo o a la raza y los que son francamente nocivos o antisociales.

Con el pretexto de cultivar la salud y el cuerpo, la juventud olvida que existen bibliotecas y se apiña en las arenas; alumnos tienen nuestras universidades que en vez de entrar a las aulas permanecen en los pasillos discutiendo de foot-ball, de box o de carreras.

Sin pretender que los deportes físicos deban proscribirse, señalemos la inconsecuencia de esa unilateralidad. No hay motivos que justifiquen esa exclusiva orientación de los sentimientos y las actividades juveniles. La fuerza y la belleza física son cualidades magníficas, pero insuficientes; una cultura integral requiere el ejercicio simultáneo de otras actividades tan dignas, como ellas, de consideración. El espíritu tiene, él

también, necesidades premiosas, cuyo desarrollo es indispensable si aspiramos a que nuestra nacionalidad figure entre las cultas y cuente en la historia futura de la civilización humana.

Nuestra época asiste a un vasto florecimiento de esas inclinaciones científicas y artísticas en todos los grandes centros de la civilización moderna; es un afán de alta cultura, una fiebre de verdad y de belleza que se estremece en bibliotecas, laboratorios y talleres, constituyendo un complemento indispensable de la grandeza material de los pueblos.

Los "profesores de energía", como desearían llamarse algunos lectores tardíos de las novelas egotistas de Barrés, debieran comprender que la energía muscular no es todo lo que conviene educar en el hombre moderno; el organismo humano posee otras funciones cuyo desenvolvimiento debe propiciarse cuando se desea obtener individualidades armónicas y completas.

El "mens sana in corpore sano" no debe interpretarse como un elogio exclusivo de la educación muscular. La energía individual depende más del cerebro que del músculo; la voluntad es una función cerebral y el sentimiento de la personalidad no es completo sin la cooperación de una inteligencia bien sistematizada. Al decir que en el cuerpo sano florece el espíritu sano no debe entenderse que el cuerpo consista en los músculos; cuerpo es también nuestro cerebro y debe anhelarse una ecuánime equivalencia en el desenvolvimiento de todo el organismo humano.

En los ambientes civilizados la lucha por la vida tiende a perder los caracteres violentos que la caracterizan en los pueblos primitivos; el éxito en la vida no depende solamente de la riqueza y de la energía física: a menudo requiere el ejercicio de la voluntad firme, de las virtudes útiles, de la inteligencia disciplinada. Casos hay en que se triunfa a puro talento. Sin despreciar por eso la educación de nuestra mecánica muscular, debemos tener presente que la energía muscular es perfectamente absurda si carece de orientación, lo mismo que las cataratas y los vientos mientras la inteligencia humana no aprende a aprovecharlos para fines determinados.

El "bello animal", tan justamente loado, es un elemento indispensable para el advenimiento de un arque-

tipo humano; pero, no lo olvidemos, no es el arquetipo mismo sino cuando se eleva por su moralidad y por su cultura, cuando su belleza es integrada por la virtud y por el ingenio.

Es innegable que las tendencias individuales suelen seguir el rumbo señalado por el temperamento y que éste se constituye obedeciendo a la herencia; pero esa verdad es relativa y tiene sus límites en las influencias ejercidas mediante la educación. Sugerir el culto exclusivo de la energía muscular significa desenvolver sentimientos atávicos; sugerir el placer de las cosas intelectuales equivale a constituir sentimientos evolutivos.

Y aquí cabe mostrar otro aspecto de la cuestión.

La actividad intelectual ofrece al individuo placeres tan intensos como la muscular y brinda goces más hondos y permanentes que los de ésta. Los sentimientos artísticos y científicos pueden ser considerados como un caso particular de los estados afectivos que acompañan a toda actividad dirigida hacia un fin; el trabajo mental podría equipararse a un deporte, pues implica como cualquiera de estos la probabilidad del éxito o del fracaso. Se ha dicho que la pasión de la verdad o de la belleza sólo difiere de la pasión del cazador o del conquistador por su objeto, por su materia antes que por sus caracteres intrínsecos; y para el sabio y para el artista descubrir una verdad o crear una forma bella son como para aquéllos cobrar una pieza o hacer un botín.

La Cultura es el mejor timbre de orgullo a que puede aspirar un hombre moderno; ningún placer supera a los que son inherentes a la curiosidad intelectual. Educar el propio entendimiento no es un sacrificio sin recompensa; ilustrándonos enriquecemos nuestro corazón y vigorizamos nuestra voluntad; nos creamos inagotables fuentes de placer y de felicidad que el ignorante no sospecha; nos redimimos de muchas pequeñas inferioridades humanas.

Para quien los ha leído una vez, son inolvidables los pensamientos escritos por Thierry en el prefacio de uno de sus últimos libros: "Con el estudio se atraviesan los días penosos sin sentir su peso; se elabora el propio destino; se usa noblemente la vida. Eso es lo que he hecho, eso es lo que haría si tuviese que recomenzar mi camino; tomaría de nuevo el que me ha con-

ducido donde estoy. Ciego ya, sufriendo sin esperanza y sin tregua, yo puedo dar fe de ésto sin que mi testimonio sea sospechable; hay en el mundo algo más valioso que los goces materiales, mejor que la fortuna, preferible a la salud misma: es la consagración a la cultura intelectual''.

Alentar ese alto afán de conocer que se traduce por la curiosidad intelectual, especialmente en las generaciones jóvenes que son el porvenir, — es decir, todo, cuando el pasado es breve y magro el presente —, es el más bello apostolado que pueden asumir los educadores y los maestros. Prediquemos que las fuerzas morales pueden tanto en la vida como las fuerzas físicas; que el saber, el carácter, la dignidad, son tan eficaces como el oro, los músculos y el hartazgo.

Seamos, pues, curiosos. Pero aprendamos a serlo. Una curiosidad desperdiciada al azar, que salta a tontas y a locas, implica peligros y puede malograr las mejores aptitudes. Para llegar a saber es necesario ''estudiar'': es decir, ser curioso de acuerdo con un método que permita comprender lo que se desea investigar. Generaciones de curiosos trabajaron para el recién llegado: conviene aprovechar los resultados fundamentales de su experiencia, los sistemas de verdades impersonales y colectivas: las ''ciencias''. Ellas señalan a la curiosidad de cada uno los problemas a resolver, la manera menos insegura de plantearlos y los caminos legítimos para acercarse al santuario de la Verdad. Por cualquiera de ellos se encamina el hombre ilustrado; el ignorante se asoma a todos y no acierta a pisar firme en ninguno. Es preferible satisfacer algunas curiosidades, a malgastarlas todas sin fundamento ni resultado. Solamente algunos genios son universales; y, como es evidente, por cada mil hombres que creen serlo no hay uno que en verdad lo sea.

El saber ya no es accesible en todas sus ramas sino renunciando a profundizarlo; la curiosidad descarrilada es un peligro para todo el que no sea un genio de magnitud primerísima, como sólo hubo cinco o diez en la historia de la humanidad. ¿Diremos, por eso, que conviene el especialismo exclusivo? Nunca. Es difícil encontrar la justa medida de la propia curiosidad intelectual. Los especialistas sin ideas generales son tan infecundos como los enciclopedistas superficiales. La cu-

riosidad unilateral del científico sin filosofía, produce una ridícula limitación del horizonte, una obsesión de las minuciosidades insignificantes; la curiosidad sin rumbo del filósofo sin ciencia, determina la triste mediocridad del saber a medias, verdadera caricatura de la sabiduría.

Aborrezcamos esa forma emponzoñada de la cultura egotista que conduce al "dilettantismo", mediante el cual nuestra mente se asoma a todas las ventanas sin mirar nada por ninguna. Nada hay más estéril y antisocial que una curiosidad caótica, que sólo puede engendrar el "narcisismo estético" y producir un periodismo refinado e insubstancial, que disimula su improvisación con la prolijidad del artificio.

No es esa curiosidad intelectual la que conviene educar. Su resultado, que lamenta Barrés en uno de sus prefacios, es la producción de enclenques nihilistas intelectuales, detracados por supuestas aristocracias de sus nervios y de su ingenio, refinados epicúreos que a los veinticinco años han desflorado todas las ideas y manoseado todos los ideales; quien así malgasta sus aptitudes iniciales vive luego en la incapacidad de fijar sus creencias acerca de cualquier orden de conocimientos, haciendo del bien y del mal, de la belleza y la fealdad, de los vicios y las virtudes, simples objetos de curiosidad y del alma humana un sabio mecanismo cuyos resortes sólo le interesan como objeto de experiencia.

Las pasiones intelectuales, como todas las pasiones, pueden hacerse excluyentes y dañinas. Bastará recordar ese cuadro que nos pinta con mano maestra Francois de Curel en su hermoso drama "Le nouvelle Idole". No es producto de pura fantasía. Son conocidas las imputaciones que sombrearon la gloria de Andrés Vesalio, el eminente anatomista y fisiólogo del siglo décimo sexto, que el pincel del Tiziano ha trasmitido a la posteridad en líneas tan expresivas; referíase que el sabio, ansioso de conocer el enigma funcional del corazón, abrió el torax de una dama agonizante y seccionó con su bisturí la víscera para sorprender en plena vida el secreto de su ritmo. La siniestra versión, aunque improbable, no resulta absurda leyendo su discutida biografía y su correspondencia, pues cuenta allí, con una fruición que da escalofríos, sus excursiones

nocturnas a Lovaina para robar cadáveres, en los sepulcros y en las horcas, amparado por las sombras, sus cómplices silenciosas.

Por otro aspecto es peligroso el excesivo intelectualismo si se convierte en manía. Funesto sería sacrificarle el humor optimista, la salud física y la capacidad de amar, atributos absolutamente indispensables para el equilibrio del ser en un plano de vida superior. El estudioso ha de ser sonriente y sano, alegre y amoroso, todo simpatía, todo bondad: que en la conjunción de esos atributos consiste la virilidad excelsa.

Evitando las exageraciones obsesivas o excluyentes, la educación de los sentimientos intelectuales ensanchará nuestra área de irradiación, estimulando actividades convergentes hacia una completa integración de la vida.

La curiosidad intelectual es la negación de todos los dogmas y la fuerza motriz del libre examen. Educando ese instrumento de cultura se intensifica el amor por la Naturaleza en que vivimos, por las Ciencias que la estudian y por los Ideales que nos impulsan a perseverar en su conocimiento: los signos más altos de civilización de un hombre o de una raza.

DIRECTORES:

ERNESTO MORALES Y LEOPOLDO DURÁN

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 114886606

CUADERNOS PU

PRIMER SEMEST

1.	ALMAFUERTE	Evangélicas
2.	RABINDRANATH TAGORE	Poemas
3.	JUAN B. JUSTO	Labor Periodística
4.	JUAN PEDRO CALOU	Breviario de los Tristes
5.	LAO - TSÉ	El Libro del Sendero y de la Línea Recta
6.	RUBÉN DARÍO	Cabezas

SEGUNDO SEMESTRE

7.	OSCAR WILDE	Balada de la Cárcel de Reading
8.	LEOPOLDO LUGONES	Cuentos
9.	EDGAR POE	Las Campanas y otros poemas
10.	JOSÉ INGENIEROS	Psicología de la Curiosidad

Cuaderno de próxima publicación:

AGUAFUERTES DEL ZOOLÓGICO

por CLEMENTE ONELLI

SUBSCRIPCIONES:

Capital, un semestre $ 1.20 m/n — Interior $ 1.50 m/n
„ un año „ 2.40 „ — „ „ 3.00 „
Número suelto $ 0.25 centavos

OFICINAS: SÁENZ PEÑA, 178 — BS. AIRES

DIRÍJASE LA CORRESPONDENCIA A
LEOPOLDO DURÁN